

sulta de las consideraciones expuestas en el capítulo III del libro anterior. Al mismo tiempo que continuaba la penuria que experimentaba el ejército, cuyo presupuesto mensual no se cubría ni con mucho siquiera al nivel de las más urgentes necesidades, ardía en Madrid y en las provincias la división entre progresistas y resistentes al movimiento en favor de la Constitución de 1812, división de la que Córdoba preveía grandes peligros para la causa de la Reina. Hallábase el general empeñado en los combates de los días 17 y 18 de mayo, de los que queda dada cumplida cuenta en el ya citado capítulo, cuando ocurrió la crisis que produjo la caída de Mendizabal y la entrada del gabinete Isturiz.

Aunque no había Córdoba tenido parte alguna en el cambio ministerial de otra manera que no participando de la opinión de Mendizabal respecto á los medios de terminar la guerra, quiso poner en claro su situación para con los nuevos ministros, á los que manifestó, que según tenía pedido con empeño al gabinete dimisionario, deseaba algunos días de licencia para presentarse en Madrid á conferenciar con el gobierno sobre las necesidades del ejército y las cuestiones enlazadas con la prosecución de la guerra.

Antes de contraer empeños con la nueva situación, creada por la entrada de Isturiz, quiso Córdoba realizar el viaje que ya tenía pensado, é instado también vivamente por sus amigos de la corte para que no lo difiriese, determinó dejar el mando á Espartero, mostrándose en ello superior á los resentimientos que existían entre los dos generales y desentendiéndose de las influencias que propendían á que hubiese sido preferido el general Evans.

El 28 de mayo salió Córdoba de Vitoria despidiéndose del ejército por medio de una orden general por la que concedía á las tropas algunos días de descanso, motivando su ausencia, que anunciaba sería muy breve, por la importancia de recibir instrucciones del gobierno sobre puntos interesantes del servicio, al mismo tiempo que le expusiera el estado de la guerra y los medios que para proseguirla con éxito se requerían, concluyendo por manifestar que su confianza era completa dejando en su lugar al dignísimo general Espartero, «tan conocido por su denuedo de los valientes, como de todos amado por sus propias virtudes.»

Córdoba traía á Madrid la misma disposición de ánimo que no había cesado de preocuparle desde que tomó el mando del ejército y que no le abandonó aun en los mismos días de su triunfo en Mendigorria. Conocía la fuerza que tenía la insurrección que había asentado su cuartel general en las provincias vascongadas y en Navarra, sirviéndole de poderosa ayuda las facciones de Cataluña, Aragón y Valencia. Conocía que para operaciones activas y para una campaña decisiva en los territorios que dominaba el enemigo, eran insuficientes las fuerzas organizadas de que disponía el gobierno de la Reina. Conocía, y esto era lo que más le preocupaba, la profunda división que reinaba entre los liberales y cuánto los debilitaban sus disensiones, ante un enemigo seguro de sí mismo, y no embarazado en igual grado que lo estaban los liberales por disentimientos interiores.

Aunque simpático y benévolo respecto á la situación representada por Isturiz, no desconocía Córdoba cuán débil era aquel gabinete en presencia de las conspiraciones que lo minaban, y aunque resuelto, ínterin conservase el mando del ejército, á contribuir al sostenimiento de la autoridad del gobierno de la Reina, evitó en cuanto pudo tomar el colorido ni adquirir los compromisos de hombre político, y así se lo manifestó al mismo Isturiz, declarándole que era soldado y no quería ser instrumento de ningún partido, por lo que solo venía dispuesto á ocuparse de las cuestiones relacionadas con el ejército y con la manera de concluir la guerra.

Las fatigas de esta, las inquietudes de espíritu y los insomnios que lo aquejaban, el deteriorado estado de salud en que hacia tiempo se hallaba Córdoba, habían minado su constitución en términos, que solo la energía de su alma podía conllevar la incansable actividad que era el rasgo característico de su privilegiada naturaleza.

Aunque tuvo que meterse en cama el siguiente día de su llegada á Madrid, arrancóse de ella para conferenciar con los

ministros y presentarse á la Gobernadora que residía en el Pardo.

Isturiz, cuyo gabinete se hallaba todavía reducido á su persona, á la de Gallano y á la del duque de Rivas, pidió con instancia á Córdoba interpusiese su amistoso influjo para decidir al general Seoane á que aceptase el ministerio de la Guerra que le había sido ofrecido.

Mas habiendo sido inútiles los esfuerzos empleados por Córdoba para vencer la resistencia de Seoane, indicó aquel al general don Santiago Mendez Vigo, sujeto del todo apropiado para el cargo por cuanto había hecho durante dos años la guerra en el Norte, gozaba de aventajado concepto militar y era hombre que en política pasaba por de ideas templadas.

Como el principal objeto del viaje de Córdoba lo era el de hacer que el gobierno se penetrase del verdadero estado de la guerra y de cuál era la situación del ejército, asistió á un Consejo de ministros que tuvo lugar en el Pardo y al que fué también convocado el Consejo de gobierno.

Oigamos lo que acerca de su venida á Madrid y lo que pasó en el Consejo dice el general en sus memorias (1).

«Nada me había quedado que hacer para conseguir que Mendizabal viniese á mi cuartel general á residenciarme y á juzgar por sus propios sentidos de lo que más que yo tenía á su cargo, puesto que la pronta conclusión de la guerra la había hecho una cuestión de gabinete, y cuando ví que no se realizaba la venida del ministro puse el mayor empeño en ser yo el que fuese á Madrid.

»Todas las razones que para conseguirlo influían en mí se reasumen en las siguientes: La opinión de España y la del mismo gobierno se hallaban alucinadas y extraviadas en punto á la guerra. Era general el error en que se estaba acerca de sus elementos y de las dificultades que ofrecía, así como sobre su dirección y su probable término. Yo no podía satisfacer los deseos ni las exigencias del público y del gobierno, ínterin no fuesen aceptadas las condiciones que tenía anteriormente formuladas, porque todo plan de campaña tiene que ser proporcionado á los elementos que requiere según los obstáculos que hay que vencer.

»No cumpliéndose las condiciones que tenía yo señaladas como necesarias, puesto que tampoco se me había admitido la dimisión que tenía presentada, deseaba que mis planes, mis ideas, mis temores y esperanzas, fuesen discutidos y juzgados por el gobierno y por jueces que él señalase á fin de que compartieran conmigo la responsabilidad si aprobaban, ó de lo contrario se piense, como lo tengo pedido, en nombrar otro que sepa más que yo.

»No pretendo que el país adopte mis planes solo porque son míos, mucho menos cuando mis opiniones políticas habían sido distintas de los hombres de 1820; es además verosímil que mis antecedentes engendren en muchos una desconfianza que acabaría por minar la popularidad que debo á mis últimas acciones. Es preciso que el gobierno se pronuncie aprobando ó desechando mi sistema, cubriendo mi responsabilidad en el primer caso ó dándome en el segundo un sucesor.

»Tal es el sentido, continúa diciendo Córdoba en sus memorias, de las frecuentísimas comunicaciones oficiales ó confidenciales por mí dirigidas al ministerio bajo la presidencia del señor Mendizabal, á efecto de que se me permitiese ir á Madrid á dilucidar en una solemne discusión la gran cuestión de esta guerra que tan oscura parece á los que desde la corte la juzgan.»

Pesaba sobre la mente de Córdoba el primer período de su existencia oficial, no seguramente porque en ella hubiese ejecutado acto alguno del que tuviera que avergonzarse, sino porque aunque liberal por temperamento y convicción, deseoso como se hallaba del triunfo de la causa que defendía, sentía vivamente que la sinceridad de sus sentimientos en favor de ella fuese puesta en duda y diese lugar á murmuraciones y á desconfianzas, pues lejos de que el viaje á Madrid de Córdoba tuviese la más remota conexión con ningún plan

(1) Memoria que el general Córdoba dirige á sus conciudadanos y al público.—(Paris 1837).

reaccionario, mostró el mayor interés en que se operase una reconciliación entre los amigos de Mendizabal y los de Isturiz, gestiones en las que fué constantemente apoyado por los hombres de posición é influjo entre los liberales de abolengo.

Pero, desaprovechada como lo había sido por Isturiz la ocasión propicia para haber transigido con Mendizabal, en los términos que le fueron propuestos tres días antes de la formación de su gabinete, y de los que queda hecha mención en el capítulo V del libro anterior, no era ya posible contener el desbordamiento de las enardecidas pasiones de dos bandos lanzados con tanto más encarnizamiento uno contra otro, cuanto que procedían del mismo origen, salían de unas mismas filas y cada uno se creía exclusivamente ortodoxo y anatematizaba como cismático á su contrario.

Limitadas por estas causas las miras del general Córdoba á lo relativo á la guerra, tratóse la cuestión en un Consejo que se tuvo en el palacio del Pardo y que presidió la Gobernadora, al que, como queda antes dicho, concurrieron además de los ministros, los individuos del Consejo de gobierno.

Expuso en él detenidamente el general los distintos períodos por que había pasado la insurrección en el país vascongado, el vuelo que tomó á consecuencia de los errores cometidos por los liberales tanto en el orden político como en el militar; demostró cuál era la situación en que halló al ejército de don Carlos cuando él había tomado el mando del de la Reina; explicó los planes que se habían ejecutado ó que se hallaban diferidos, señalando las causas de su ejecución ó dilación; expuso el sistema que en su sentir y con forzosa sujeción á los medios de que disponía, juzgaba posible y conveniente; señaló los peligros que no podían menos de seguirse de no adoptar otro sistema que condujese á iguales resultados, lo cual no consideraba posible, en razón á la falta de medios; é hizo tocar, por fin, los inconvenientes que para el éxito de las operaciones ocasionaba la impaciencia de la extraviada opinión del público, que pedía resultados que no podían alcanzarse sin incurrir en daños de mayor importancia de los que se querían evitar.

Insistió Córdoba en que sus antecedentes políticos eran un obstáculo para que la opinión liberal depositase en él la confianza que el interés público exigía se tuviese en el caudillo á cuya pericia y lealtad se confiaba el mando del ejército, que en aquellos momentos era el principal sosten de la causa de la libertad española; al mismo tiempo que aseguró que sería imposible al general que gozase de mayor popularidad, aunque estuviese dotado del genio militar de Aníbal ó de Bonaparte, adoptar otro sistema, si no contaba con medios superiores á los que él había tenido á su disposición.

Entrando luego á tratar de la parte moral, digámoslo así, de la guerra, habló de la cooperación de la Francia, manifestando que había sido siempre partidario de aquella gran medida, de cuyo pronto y seguro éxito para la pacificación del reino no dudaba; pero que teniendo en cuenta, sin embargo, por inasequible en aquellas circunstancias, rogaba al gobierno renunciase á solicitarla, á menos que no adquiriese la completa seguridad de que se conseguiría; porque la negativa, añadió, affigiría mucho á los pueblos adictos á la Reina, no haría bien al ejército y alentaría á los rebeldes con gran perjuicio de la causa nacional.

Hecho que hubo el general su exposición ante el Consejo, concluyó proponiendo la adopción de medidas directamente encaminadas á terminar la guerra, obteniendo en su prosecución ventajas que alentasen la confianza del país. Las más esenciales de estas medidas fueron las siguientes:

1.º Que para hacer posible la indispensable formación de dos cuerpos de ejército, uno en Alava y otro en Navarra, igualmente fuertes é independientes, á fin de que mientras el uno fuese detenido por las fuerzas enemigas, el otro avanzase por el extremo opuesto, sin tener que pasar las tropas, como se había hecho, de un extremo á otro de la línea, llegando siempre y forzosamente tarde á todas partes, y sacrificando al ejército con prolongadas y continuas marchas, pura é inevitablemente defensivas, se enviasen de la guarnición de Madrid ó de donde se pudiese el mayor número posible de tropas, y se pidiese á la Francia, para su legión, un refuerzo de cuatro,

cinco ó seis mil hombres, según pudiese obtenerse; solicitando al mismo fin otro tanto de Inglaterra para que el general Evans, tan ventajosamente situado, pudiese obrar con fuerza á retaguardia del enemigo, y recoger el fruto de las ventajas que alcanzasen los otros cuerpos del Ebro y del Arga; pues el enemigo cuando simultáneamente se obrase por todos sobre su centro, no podría acudir á hacer frente á los dos cuerpos en Alava y Navarra sin perder por primer resultado las comunicaciones del Bidasoa, por donde la insurrección recibía la vida, y por donde se la podía y debía herir de muerte.

2.º Que para que el ejército de operaciones pudiese entregarse efectivamente á ellas sin seguir esclavo de las privilegiadas atenciones defensivas que lo llamaban de continuo á mil partes de la circunferencia, mientras que la ofensiva tenía que intentarse en el centro, se formase en Burgos un ejército de reserva, conforme tenía propuesto en un despacho muy reciente al ministerio, es decir, con parte de la guardia nacional movilizada.

3.º Que á costa de los mayores sacrificios ó por los medios que al gobierno solo tocaba elegir y buscar, se proporcionasen al ejército los medios indispensables para vivir y operar, porque sin ellos todos los planes serían estériles, todas las esperanzas infeundas, todas las capacidades inferiores, todos los esfuerzos impotentes, pues que ni siquiera tenía el tiempo suficiente para leer quejas, y contestar á miserias, á cuyo remedio le era imposible proveer; que nada podía en medio de tantos apuros; pues por muy subalternas que á muchos pareciesen tales cosas, bastaban á imposibilitar las grandes concepciones y empresas, así como la falta de una simple clavija detiene la carrera de un coche ó el juego de la más bien combinada máquina.

4.º Que el gobierno tomase en la más seria consideración la necesidad imperiosa, suprema, urgente de ilustrar al público, manifestándole la verdad completa; sin la cual los generales, el gobierno y la nación misma serían víctimas de las ilusiones sembradas, de los errores consagrados á cuya sombra no cesaba de reclamarse como fácil, seguro y próximo un resultado definitivo que no cabía alcanzar ó que en todo caso no podía él obligarse á dar realizado, en cuyo concepto había renovado su tantas veces repetida renuncia, á fin de que otro con más saber ó más confianza y quedando él mismo á sus órdenes, si para algo lo juzgaba útil, desempeñase mas digna y ventajosamente un puesto que había venido á ser todo el Estado, pues que á todo lo dominaba de hecho la guerra del Norte.

El Consejo, de que componía parte Castaños, el marqués de las Amarillas y otros distinguidos generales, aprobó en todas sus partes cuanto había expuesto Córdoba, exhortándolo á que continuase prestando al país y á la Reina los servicios que todos esperaban de su patriotismo y de su probada pericia.

Isturiz, á quien tanto interesaba que el ejército obtuviese triunfos tangibles que sirvieran de puntal y arrimo á la arriesgada campaña política en que se hallaba empeñado, quiso dar á entender á Córdoba todas las ventajas que eran de esperar de las operaciones militares seguidas de éxito apreciable en favor de la causa de la Reina, sin pretender por ello, añadió, que se intentase nada que pudiese acarrear peligro de derrota, pero encareciendo la importancia de que no perdiese de vista el general la situación del gobierno ante el país, indicaciones á las que Córdoba contestó que quien evitaba los combates no era nuestro ejército, sino el enemigo, que solo consentía luchar en terreno y en posiciones en las que las armas de la Reina no pudiesen alcanzar resultados de importancia.

«Por mi parte, añadió Córdoba, lejos de rehusar los combates, los deseo para las tropas que siempre los anhelan y para mi gloria personal que solo en ellos puedo buscar, pero he declarado mil veces que no aspiro á nada más que al bien de mi patria y á la dicha de corresponder á la confianza con que la Reina me honra, objetos por los que únicamente consiento en conservar un puesto que me cuesta el sacrificio de mi salud, de mi reputación y de mi sosiego.»

Con juicio muy certero, observó Córdoba antes de que terminase el consejo, que quien verdaderamente sufría de la

inacción del ejército eran los carlistas, los que encerrados dentro de su territorio, consumían sus recursos y devoraban su impaciencia.

Pronosticó que las últimas acciones en las que Eguía había llevado la peor parte, le costarían el mando del ejército, y que si como parecía probable lo reemplazaba Villareal, era presumible adoptase el sistema de lanzar expediciones al interior del reino, con cuyo motivo habló de la necesidad de prepararse para salir al encuentro de semejante grave contingencia.

A los ocho días de celebrado el consejo y antes que Córdoba hubiese regresado a Vitoria, se había verificado la separación de Eguía y su reemplazo por Villareal.

Durante el mes de mayo y posteriormente a las jornadas de Arlaban, tuvieron lugar en Vizcaya y en Navarra varios encuentros que no fueron decisivos y solo produjeron bajas de una y otra parte como consecuencia de los combates habidos en Dicastillo el día 13 y el 16 en Espinosa y Burguete.

El día 15 efectuó don Santos San Miguel una salida de Bilbao en dirección a las alturas de Oyazun, Santo Domingo y la Cordillera hasta el valle de Orgoiti. Eran casi diarias las acometidas que desde sus respectivas bases de operaciones efectuaban los beligerantes, sin conseguir unos ni otros traspasar sino momentáneamente los límites del territorio que formaba la artificial frontera de ambos ejércitos.

Al terminar el mes de mayo intentaron los carlistas recuperar las posiciones de las que habían sido desalojados en la jornada del día 5 al frente de San Sebastian, a cuyo efecto dispusieron atacar el centro de la línea que defendían los ingleses. Empeñóse la lucha con la mayor porfía en las alturas de Ayete, pero fueron rechazados los agresores por los fuegos del buque de la marina real inglesa *Leveed* y otro tanto sucedió por el lado de Pasajes en cuyo punto se apoderaron los liberales de una trincadura armada.

En la acción de dicho día tomaron parte fuerzas británicas al mando del general Shaw, siendo de notar el encarnizamiento con que los carlistas hostilizaron a los ingleses, los que no mostraban menor empeño en ocasionar sensibles pérdidas a los que miraban como enemigos de su bandera. Por el momento quedó libre San Sebastian de ataques que empeorasen la situación de la plaza.

El predominio del principio de autoridad que fuera de suponer preservase a sus adeptos de la flaqueza que tan frecuentemente se produce en el seno de las democracias, gastando sus fuerzas en escisiones y rivalidades, no ha brillado sin embargo entre la grey absolutista española, la que desde los florecientes tiempos de las camarillas de Fernando VII y en los posteriores a la reacción de 1824, dió el casi constante espectáculo de los celos, de las rencillas y del pandillaje, que acabaron por perder a los defensores de la causa enemiga de la libertad. No había escapado el conde de Casa Eguía a los efectos de la sorda guerra que sus émulos hacían a la pericia y acertada dirección con que había dirigido las fuerzas rebeldes.

Sin poder ser comparado al gran Zumalacárregui, fué sin duda Eguía el mas disciplinario y el mas estratégico de los caudillos de don Carlos.

Bajo el punto de vista de las condiciones propias de la bandera que defendía, del territorio que ocupaba y de los recursos existentes, supo Eguía apreciar que no era dado hacer imposibles, y limitó sus empresas a los medios de que disponía. Aprovechó con inteligencia y resolución cuantas ocasiones tuvo para sacar partido de un descuido de su enemigo, como de un momento favorable para obtener resultados, como los que le valieron la posesión en ocho días de Plencia, Lequeitio y demás pueblos de la costa dominados por los liberales; y si despues de aquellas ventajas no consiguió otras mayores, su impotencia para realizarlas es la mejor defensa que podía tener el sistema favorito de Córdoba de encerrar a los carlistas por medio de sus célebres líneas de bloqueo en el territorio de las provincias Vascongadas y Navarra.

Aunque imperfectamente planteado por falta de medios materiales, de recursos y de suficiente número de tropas, el sistema de Córdoba había dado su fruto bloqueando a los

carlistas dentro de sus líneas y encerrando en ellas el horizonte de sus prosperidades.

El ejército de don Carlos que al cesar el mando de Gonzalez Moreno no excedía de veinticuatro mil hombres, constaba de treinta y dos mil infantes y cerca de dos mil caballos a mediados de 1836.

Mortificados los cortesanos del Pretendiente y su séquito de la lentitud de los progresos de las armas reales, clamaban fuertemente por un cambio en el sistema de guerra y favorecían la predilecta pretension de aquellos de sus generales que propendían a que se organizaran expediciones destinadas a llevar la bandera de la rebelión a las provincias limítrofes y del interior.

Queda ya dicho que don Bruno Villareal fué el general escogido por don Carlos para reemplazar al conde de Casa Eguía.

El nuevo caudillo del Pretendiente era hombre mas útil que brillante, pues modesto por carácter y mas solícito del interés de la causa que de su medro personal, no ambicionaba el puesto a que acababa de ser elevado.

Había hecho sus primeras armas con las facciones que en 1821 se alzaron contra el régimen constitucional; había peleado constantemente en las filas del ejército llamado de la Fe, é ingresó, restaurado que fué Fernando VII, en las filas del ejército permanente. Hallóse Villareal entre las tropas que combatieron a Mina en su tentativa de 1830 sobre la línea del Pirineo y estaba por consiguiente marcado su puesto entre los oficiales que despues del fallecimiento de Fernando VII fueron licenciados como presuntos partidarios del Pretendiente.

En las filas del ejército carlista se distinguió Villareal por su bravura no menos que por su humanidad y por el amor que supo inspirar a sus soldados. Estas cualidades unidas a su ableno realista favorecieron sus ascensos y lo distinguieron como uno de los mas aventajados discípulos de la escuela de Zumalacárregui.

Tales eran las condiciones del general que temeroso de que Córdoba continuase en su sistema de bloqueo que tanto abrumaba a los vascogados, abrazó la idea de extender las operaciones del ejército puesto bajo su mando, a las provincias de Santander, de Asturias y Galicia, proponiéndose hacer otro tanto respecto a Castilla y Aragón.

Aprobado que fué por don Carlos el plan de su nuevo general, escogió este al brigadier don Miguel Gomez para confiarle la primera expedición que comenzó a prepararse a primeros días del mes de junio con toda la reserva y sigilo recomendados por la importancia de ocultar al enemigo el nuevo sistema de guerra que iba a adoptarse.

Para mejor favorecer la salida de la expedición al mando de Gomez en dirección de las provincias de Santander y de Asturias, dispuso Villareal, cuyo cuartel general se hallaba en Salinas, poner sitio a Peñacerrada, en la prevision de que estas operaciones detendrían la marcha de Espartero, que el día 27 había tomado el camino de Castilla en persecución de Gomez.

Guarnecían aquel punto el provincial de Ciudad-Real y un destacamento de caballería, siendo gobernador de la plaza don Isidro Antonio de Eguilaz, mas conocido con el nombre de Cura de Dallo, personaje excéntrico y tornadizo que comenzó a militar en las filas carlistas, que abandonó para entrar al servicio de la Reina, en cuyo campo los prestó de tan reconocida utilidad que le valieron el empleo de coronel. Al presentarse a sitiar a Peñacerrada llevaba Villareal cuatro batallones y alguna artillería sacada del castillo de Guevara. Mas con lo que principalmente contaba el jefe carlista para coronar su empresa, era con el fruto de una nueva traición del Cura de Dallo, que entrando en inteligencias con Villareal le había ofrecido la entrega de la plaza a condicion de que sería indultado, precio que no regateó el general de don Carlos, si el traidor le entregaba a Peñacerrada.

Interin estos hechos tenían lugar, el baron de D'Antas se había puesto en movimiento en auxilio de los sitiados al frente de la brigada portuguesa y otra de tropas españolas.

Penisísima fué la marcha de esta división por el sofocante

calor que asfixió materialmente a gran número de soldados, pero aunque a costa de sensibles pérdidas logró D'Antas libertar a Peñacerrada, sin que el cura pudiese efectuar su traición por haber descubierto sus malas artes Zurbano que había logrado penetrar en el pueblo, y temeroso el Cura de caer en manos del partido liberal, huyó saltando por la muralla y se presentó a Villareal, quien hubo de contentarse, ratificando el perdón que había ofrecido, con reclutar un malvado en vez de haber rendido un fuerte.

Decidido Villareal a llevar adelante su plan de expediciones al interior del reino, comenzó por llamar la atención del enemigo sobre Navarra atacando en la mañana del 4 de julio la borda del Crucero de Silvelo, de la que logró apoderarse haciendo jugar la artillería é incendiando el fuerte. Acudieron en socorro de la embestida posición las fuerzas liberales acantonadas en Linzuain, pero juzgando insuficiente el auxilio acudió Córdoba que se hallaba en Pamplona con mayor fuerza, y su oportuna intervención hizo que los carlistas vieran que retirarse sin que esto impidiese que se declarasen vencedores en sus partes oficiales y en sus periódicos, no obstante que las armas liberales los habían ahuyentado.

De regreso a Pamplona tuvo Córdoba el disgusto de recibir la noticia de actos de insubordinación de las tropas estacionadas en Alcanadre y en Haro, como igualmente de que síntomas de la misma especie habían estallado en la división de la Ribera, y no eran de extrañar tales contratiempos, habiendo ya comenzado y hecho considerables progresos en las provincias meridionales y en Aragón el movimiento insurreccional contra el gobierno, que, hijo de las mismas causas y promovido por los mismos agentes que habían pronunciado a España meses antes contra los ministerios moderados de Martínez de la Rosa y Toreno, preparaba y tenía muy adelantado el golpe de gracia que el desbordamiento revolucionario no tardó en descargar sobre el gabinete Isturiz.

Sacando fuerzas de flaqueza y aguantando, influido por un sentimiento de honor y de deber, la conservación de un mando que las circunstancias hacían insostenible, apeló Córdoba al remedio de dar una alocución al ejército estimulando los sentimientos de honor a que nunca son sordos pechos españoles, esforzándose en ella a incitar al ejército a mantener enhiesta la bandera de la honra militar ante el enemigo, dispuesto a triunfar sin combate contra adversarios que bastaría para constituir indefenso el predominio en sus filas de la indisciplina.

A fin de resguardar la ribera del Ebro se dirigió Córdoba a Miranda, de donde procuró con las escasas fuerzas de que disponía cubrir en lo posible los puntos de la línea por donde podían pasar expediciones carlistas. No obstante lo acertado de sus disposiciones y por efecto del descuido y de la flojedad con que las órdenes del general en jefe comenzaban a ser ejecutadas por los de división y de brigada que guarnecían puntos de la línea, el brigadier carlista don Basilio García y su segundo don Juan Manuel de Valmaseda, lograron vadear el Ebro el 13 de julio por Argoncillo, dirigiendo su correría a la provincia de Soria donde debían encontrar para contener el éxito de sus operaciones a la brigada de vanguardia del ejército del Norte mandada por el coronel de la Princesa don Ramon María Narvaez.

Durante la corta estancia de Córdoba en Madrid, le había pedido el gobierno con mucho empeño que destacase una división de su ejército en auxilio de las fuerzas que operaban en Aragón, y destinado a este servicio el coronel Narvaez, la rapidez de sus movimientos sirvió de rémora y puso coto a que don Basilio pudiese sacar de su expedición los resultados que es muy verosímil hubiese logrado, a no haber tenido en su seguimiento a un jefe de las condiciones de actividad y de pericia que caracterizaban al coronel de la Princesa.

En los primeros días del mes de julio salió Evans de San Sebastian, aparentemente con el designio de hacer un reconocimiento sobre Puenteerrabía que sitiaba Guibelalde. Lograron los ingleses ventajas al presentarse, pero acudieron superiores fuerzas carlistas provistas de artillería y forzaron a los ingleses a la retirada haciéndoles algunos prisioneros que fueron inexorablemente fusilados al siguiente día. Celebraron los car-

listas como un triunfo aquella jornada cuyo resultado premió don Carlos concediendo a Guibelalde la gran cruz laureada de la orden de San Fernando.

Quando mas apurada era la situación de Córdoba, recibió del jefe de la división portuguesa baron D'Antas la inesperada comunicacion de que su gobierno le mandaba replegarse sobre la frontera de su país, en vista de cuyo contratiempo no quedó al general en jefe otro arbitrio que el de rogar al del cuerpo aliado que detuviese su marcha hasta recibir comunicaciones del gobierno.

Una nueva expedición carlista que intentó vadear el Arga no logró franquear los vadós del Ebro y hubo de retroceder a sus posiciones.

Pero como con motivo de haber Espartero levantado sus cantones en el valle de Mena para dirigirse en persecución de Gomez hubiese quedado aquel punto debilitado de fuerzas, aprovechó Villareal esta circunstancia para desde Amurrio dirigirse contra la división de reserva del ejército de la Reina mandada por el brigadier Salcedo que cubría los puntos de Madianas, Carrasquedo y sus inmediaciones.

Prevenido del peligro Córdoba envió refuerzos que no llegaron a tiempo de impedir la derrota de la brigada mandada por el coronel Clavería a la que hicieron los enemigos trescientos prisioneros, desastre que hubiera podido impedir la brigada de trescientos caballos de la Reina que casi presenció el suceso sin haber acudido en auxilio de sus compañeros, descuido y menosprecio del deber militar que palpablemente acusaba la relajación que había cundido en las filas del ejército, consecuencia natural de las noticias que diariamente se recibían de los pronunciamientos que se multiplicaban en diversos puntos del reino.

De estos hechos sacaban partido los agentes de la insurrección que desde Madrid y otros puntos acudían a soliviantar la disciplina y la subordinación del ejército, cuyo estado de inquietud coincidía con la penuria de la administración militar, la escasez de subsistencias y falta de pagos, causas que no podían menos de aumentar la desmoralización y el descontento en las filas.

Satisfecho don Carlos de los resultados obtenidos bajo el mando de Villareal, lo promovió al empleo de teniente general, al mismo tiempo que confería el de mariscal de campo a don Pablo Sanz y el de brigadier a Cástor Andechaga, quien al frente de una nueva expedición invadió el territorio de Limpías.

Casi en los últimos días en que tuvieron lugar los hechos de que queda hecha referencia, el general Bernelle al frente de seis batallones franceses y tres españoles se dirigió a Puente la Reina y desde allí a Larraga.

Salidos a su encuentro Zaratigui y otros jefes carlistas, trabóse un combate en las inmediaciones de Oteiza, cuya comarca entregó Bernelle a las llamas destruyendo las cosechas que todavía se hallaban en pié.

Con motivo de esta acerba medida de guerra, ofició Villareal a Córdoba vituperando la violación de las leyes de la guerra en territorio que no siendo limítrofe de la línea que separaba a los beligerantes, no debía sufrir un tratamiento no exigido por una necesidad apremiante, único caso en que es lícito apelar a tan deplorables extremos, y concluía por último Villareal amenazando con que si se repetían actos semejantes en cualquier otro punto, haría cada vez que ocurriesen pasar por las armas al frente de los primeros puestos avanzados, veinte jefes y oficiales sacados de los depósitos de prisioneros.

Las relaciones carlistas acusan a los batallones franceses de haberse entregado a punibles excesos en los pueblos de Navarra.

Trabada la formidable lucha entre la situación semi-conservadora semi-liberal, representada por el gabinete Isturiz, y el partido revolucionario cuyo director era Mendizabal, partido al que vino a comunicar nuevo y fuerte brio el espíritu de indisciplina que ya había comenzado a introducirse en el ejército del Norte; privado el gobierno de recursos por haber fracasado las negociaciones de empréstito, tanto las que se hallaban pendientes en tiempo de Mendizabal, como las in-